

## El sustrato económico de las tensiones sociales

**H**AY muestras sobradas de la relación existente entre problemas económicos y tensiones sociales, tensiones que pueden o no desembocar en conflictos bélicos. Por ejemplo, ¿hubiera estallado la Segunda Guerra Mundial si la depresión de los años treinta no hubiese sido tan profunda y tan generalizada? Hay que suponer que no hubiese estallado o que, de hacerlo, hubiese presentado rasgos menos trágicos porque, sin duda, la extensión de la crisis a una Alemania ya muy debilitada por las reparaciones de guerra facilitó el acceso al poder del nazismo y convenció a una buena parte de la sociedad alemana de los beneficios del rearme y de la búsqueda de una solución violenta a sus problemas. ¿Sería tan conflictiva la situación actual de algunos países centroamericanos y sudamericanos sin la existencia de economías deprimidas y encorvadas bajo el peso de la deuda exterior? Probablemente la situación sería distinta y los problemas, de todo tipo, mucho más manejables porque los enfrentamientos sociales no tendrían lugar en un contexto económico crítico. La turbulencia actual que se advierte en varios países socialistas europeos, y en especial en Polonia, ¿sería tan aguda sin el concurso de economías de baja productividad, extremada rigidez y pesada deuda exterior? La respuesta vuelve a ser negativa porque, casi con toda seguridad, es la carencia de horizontes económicos la que da energías a una crítica que tropieza con enormes dificultades para expresarse y, sobre todo, para organizarse.

No queremos, por supuesto, encontrar relaciones unívocas entre situación económica y tensiones porque éstas últimas pueden tener muy diferentes raíces pero sí cabe afirmar que la evolución de la economía de cualquier país es un elemento fundamental de la paz o de la tensión social y, consecuentemente, de las posibilidades de solución violenta. Al fin y al cabo, y como señala Clausewitz, la guerra se entronca con los conflictos sociales y no es sino la vía violenta de solución de los mismos (1). Dicho

(1) On War, edición de Rapoport, Penguin Books, Middlesex 1968. Pág. 202.

# La economía internacional: problemas y tensiones

**JAIME REQUEIJO**  
*Catedrático de Economía Aplicada*  
*UNED (Madrid)*

JAIME REQUEIJO



**D**OCTOR en Ciencias Económicas y Licenciado en Derecho. Catedrático de Economía Aplicada (UNED) y Técnico Comercial y Economista del Estado (exc.). Ha sido Director General de Exportación y Director General de

Importación (1973-1976) del Ministerio de Comercio. Director General de Expansión del Banco de Crédito e Inversiones (1976-78), Director General del Banco de Crédito a la Construcción (1978-1982), Consejero Delegado de la Caja Postal de Ahorros (1982-1983) y Director del Departamento de Investigaciones Económicas de la Fundación FIES de la Confederación Española de Cajas de Ahorros.

Es, en la actualidad, Consejero del Banco Zaragozano y Presidente del Banco de Toledo.

de otra manera, la expansión económica y la aceptable distribución de sus beneficios suavizan, generalmente las tensiones sociales mientras que la depresión, con sus secuelas de pobreza y paro, constituyen el caldo de cultivo perfecto para que el tejido social pierda consistencia o, en última instancia, se rasgue.

Denominamos economía internacional al mosaico interconectado de economías nacionales porque, pese a la existencia de fronteras políticas, la relación entre las distintas economías es cada vez más estrecha: en un mundo en el que las corrientes comerciales superan el 30% del producto total —y en el que los movimientos de capital son, por lo menos, veinte veces superiores a los derivados del comercio— nada importante ocurre, en un mercado de cierta amplitud, que no tenga su reflejo en los demás mercados: los impulsos dinámicos, las grandes perturbaciones y los ciclos depresivos se transmiten, con mayor o menor velocidad, de unas economías a otras como si el mundo, en su conjunto, no fuese sino un gran mercado único. Basta con recordar cómo las dos grandes subidas de los precios del petróleo en los años setenta afectaron a todas las economías y cómo, de manera continua, los vaivenes de los tipos de interés de las principales monedas modifican la estructura general de tipos de cambio y, consecuentemente, los equilibrios internos y externos de cada una de las economías nacionales.

El objetivo de este trabajo es, precisamente, resumir, a grandes trazos, la situación de la economía internacional y señalar los principales problemas que la aquejan porque, de acuerdo con nuestro razonamiento, consideramos que la solución de esos problemas permitirá suavizar tensiones y evitar la posible aparición de conflictos bélicos y que, al contrario, el agravamiento de los mismos magnificará las tensiones y precipitará los conflictos.

## Los tres niveles de la economía internacional

Con los riesgos que entraña la excesiva simplificación cabe distinguir tres grandes grupos de países en la actual economía interna-



cional: las economías de mercado desarrolladas, los países de economía centralizada y el conjunto de países del Tercer Mundo. El primero de los grupos está formado por los países que integran la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE); los países de Europa occidental, América del Norte (Estados Unidos y Canadá), Australia, Nueva Zelanda y Japón; el segundo grupo lo integran todos los países de socialismo real, gobernados por partido único y con economías fuertemente centralizadas: la Unión Soviética y sus aliados europeos, China y países afines de Asia, y Cuba; todos los demás países quedan encuadrados en el Tercer Mundo pese a la sustanciales diferencias que, de hecho, existen entre los países exportadores de petróleo del Medio Oriente, los países de renta media de Asia y América del Sur y los países de baja renta del Africa negra.

Figura, a continuación, un cuadro que permite observar qué parte de la población mundial y del producto total corresponde a cada nivel.

Distribución, por grandes grupos de países, de la población y del producto bruto mundiales (%)		
	Población	Producto bruto
Paises OCDE	16,69	64,89
Paises socialistas	33,03	19,80
Europeos	(8,60)	(16,74)
No europeos	(24,43)	(3,06)
Tercer Mundo	50,28	15,31
Renta baja	(30,77)	(2,85)
Renta media	(19,12)	(11,14)
Grandes exportadores de petróleo	(0,38)	(1,33)

Fuente: cuadro elaborado con datos del Banco Mundial recogidos en el "Anuario El País 1988".

Como puede verse, el primero de los grupos significa, en términos aproximados, un 65% del producto total del mundo y el 17% de su población y, en su interior, podemos encontrar tres economías de enorme importancia: la de los Estados Unidos, que supone un 29% aproximado del producto total; la japonesa, con un 10% aproximado; y la alemana, con un 5,5%. Es decir

estos tres países configuran casi el 45% de la economía mundial y más de dos tercios de la propia OCDE.

El segundo de los grupos representa un 20% aproximado del producto total mundial y alberga al tercio de la población de nuestro planeta, debido al notable peso demográfico de China.

El tercero de los grupos supone algo más del 15% del producto total del mundo y, en sus fronteras, viven la mitad, aproximada, de los habitantes del planeta.

Esta breve ojeada al mapa económico y demográfico del mundo nos permite identificar dos rasgos que configuran la economía internacional: el enorme peso del primero de los grupos y las abismales diferencias de renta per cápita —y por lo tanto de nivel de vida— que se desprenden de los porcentajes expresados. Las economías de la zona OCDE pesan, en el total mundial, casi el doble que todas las demás sumadas y, dentro de ellas, el comportamiento de las tres grandes economías ha de resultar determinante tanto para el conjunto de la OCDE como para el total mundial. Más aún, una sola economía, la Norteamericana, constituye un mercado tan poderoso que su pulso es estrechamente sentido por todas las demás economías; por ello, y pese a la existencia de otros núcleos importantes dentro de la OCDE, aún puede decirse, como antaño, que cuando la economía norteamericana se acatarrá el resto del mundo atrapa una pulmonía. Comparando los porcentajes de producto total y de población se advierte, prima facie, que los tres niveles de la economía internacional configuran realidades sociales muy distintas y que el ciudadano medio de los países OCDE, con algunas excepciones, tiene acceso a niveles de bienestar vedados a los ciudadanos medios de los otros dos niveles y, en especial, del tercero. Algo, por otra parte, que los indicadores sociales también avalan y que demuestra que el mundo, en su conjunto, constituye un modelo de desequilibrios. Si a ello se añade que, como veremos más adelante, las tasas de crecimiento demográfico del primer escalón son casi un tercio de las del Tercer Mundo comprenderemos fácilmente que las diferencias entre los primeros dos grupos y el tercero tienden a agrandarse y que la brecha que separa la

zona OCDE del Tercer Mundo —y muy en especial del conjunto de países de baja renta— es abismal.

Pero, antes de extraer conclusiones del mapa económico y demográfico del mundo, conviene que resumamos los principales problemas que hierven en cada uno de los tres niveles.

### El Primer Mundo: la coordinación que no llega

Sin desconocer la importancia que tienen muchos otros problemas —como, por ejemplo, la falta de dinamismo de algunas economías europeas o, en general, los altos niveles de paro que en ellas se advierten— el mayor problema actual del conjunto de las economías OCDE es el planteado por la economía dominante, la norteamericana.

Norteamérica viene padeciendo, desde principios de los años ochenta, un doble déficit —fiscal y exterior por cuenta corriente— de considerable magnitud: en la actualidad ambos se mueven alrededor de los 150.000 millones de dólares, lo que equivale a algo más del 3% del Producto Interior Bruto. El primero resulta de unos gastos federales que superan a los ingresos y el segundo tiene mucho que ver con el primero dado que todo déficit público se vierte al exterior. La persistencia de esos dos déficit tiene un significado muy simple: que la sociedad americana gasta más de lo que produce, que vive, consecuentemente, por encima de sus posibilidades; y tiene, además, una proyección internacional de extraordinaria importancia porque, para hacer frente a ese doble desequilibrio, la economía estadounidense tiene que succonar el ahorro de los demás países lo que la ha convertido, en poco tiempo, en el mayor deudor internacional en términos absolutos puesto que su deuda exterior alcanza ya unos 500.000 millones de dólares (2).

Para financiar sus déficit gemelos el Gobierno norteamericano tiene, en muchas ocasiones, que elevar los tipos de interés; es la forma de atraer no sólo al ahorro interno sino, muy especialmente, al externo. La elevación de los tipos de interés

(2) Las cifras de los déficit norteamericanos proceden de las "Perspectives Economiques de L'OCDE", junio 1988. La cifra de deuda exterior es aproximada y resulta del cómputo de los sucesivos déficit por cuenta corriente.



termina por influir sobre los tipos de interés del resto del mundo y, además de afectar a las decisiones de ahorro-gasto, encarece sustancialmente la deuda externa denominada en dólares y concertada a tipos variables de interés. La apatencia por los activos financieros norteamericanos, resultante de su mayor rentabilidad, endurece el tipo de cambio del dólar y modifica los precios relativos internacionales y, consecuentemente, el sentido y alcance de las corrientes comerciales.

Ahora bien, los efectos globales que acabamos de resumir, y que tienen su raíz última en el doble desequilibrio norteamericano, no son unidireccionales. No se pueden elevar, de forma continua, los tipos de interés del dólar porque, entre otras cosas, se restringe la capacidad de crecimiento de esa economía; aún contando con elevados tipos de interés, el cambio del dólar termina por caer porque el aumento de la deuda externa de Estados Unidos acaba por minar la confianza de los inversores extranjeros y por desencadenar la huida del ahorro internacional hacia otras monedas consideradas más seguras. Recordemos, a este respecto, la subida casi constante del tipo de cambio del dólar del período 1980-85 y su posterior caída, sin que se sepa, a estas alturas, cuál va a ser su evolución futura.

Dada la importancia de la economía norteamericana y el papel del dólar en tanto que divisa clave del sistema monetario internacional, es evidente que el doble déficit al que hemos hecho referencia genera, a escala internacional, turbulencias continuas que pueden cercenar expectativas y acortar el presente ciclo alcista por el que atraviesan muchas de las economías OCDE y algunas de las del Tercer Mundo (3). Amén de que ningún país, ni siquiera la primera economía del mundo, puede vivir sentado en ese doble déficit sin ensombrecer su futuro y sin legar a las generaciones venideras una injusta carga de deuda interna y externa. Más aún, las dificultades por las que atraviesa el sector exterior norteamericano y su incapacidad para crear, sustancialmente, la brecha comercial, aún con un dólar deprimido, dan vuelos a las corrientes proteccionistas de la sociedad estadounidense que ya han ganado una primera batalla: la de lograr que se aprobara una Ley

de Comercio que estimula el cierre de sus mercados en una serie de casos y que, a contracorriente de las ideas defendidas por la propia Administración norteamericana, parece querer basar las relaciones económicas no sobre la multilateralidad sino sobre la reciprocidad. Una Ley que refleja un determinado estado de opinión y que supone un paso más hacia ese campo de minas económicas que aparece tan pronto se comienzan a establecer, entre los grandes países, barreras al comercio y los movimientos de capital.

No hay duda, pues, de la conveniencia de eliminar, progresivamente, ese doble déficit; las dudas surgen sobre cómo eliminarlo porque, de nuevo, el problema no alcanza tan sólo a la economía estadounidense sino que se propaga a todas las demás economías. Dado que ese doble déficit significa que la sociedad norteamericana gasta por encima de sus recursos, una posible solución consistiría en reducir su gasto, por ejemplo elevando los impuestos y recortando el gasto público. Medidas que no harían felices a los norteamericanos ni tampoco al resto del mundo porque el menor crecimiento de la economía norteamericana se transmitiría a las otras economías y podría precipitar un ciclo depresivo generalizado. Precisamente ese peligro explica por qué los demás países reclaman, continuamente, la eliminación del doble déficit pero no se muestran tan contundentes a la hora de apoyar el recorte del gasto global norteamericano.

¿Cómo solventar el problema sin generar otros de similar envergadura? El camino seguido, hasta ahora, trata de lograr una paulatina reducción del gasto federal del Gobierno norteamericano y conseguir una mejora de su balanza comercial pero, al mismo tiempo, intenta que las otras dos grandes economías —la japonesa y la alemana— aumenten sus ritmos de crecimiento para, de un lado, ayudar a corregir el déficit por cuenta corriente norteamericana y, del otro, evitar la aparición de fuerzas depresivas en la economía mundial.

Hasta el momento el Gobierno norteamericano no ha obtenido éxitos apreciables en el frente fiscal y en el exterior; el déficit público se ha reducido, en términos relativos, muy ligeramente y, por lo que res-

pecta al déficit comercial, el crecimiento de sus exportaciones se está viendo compensado por el de las importaciones. Desde principios de 1987 Japón aplica una política de expansión de demanda interna que tira de la importación y que, por lo tanto, debería facilitar el reequilibrio de la Balanza de Pagos de los Estados Unidos si no fuera porque sus exportaciones aumentan también a ritmo muy vivo y emborronan el efecto buscado. En lo que atañe a Alemania, su contribución al problema general es nula. Por temor a la inflación, temor muy arraigado en la sociedad alemana, o por miedo a tener que abrir de nuevo las puertas a la inmigración —lo que conllevaría, a la larga, tensiones sociales de todo tipo— la economía alemana crece lentamente y lo hace muy por debajo de las posibilidades abiertas por su saneada Balanza de Pagos; con el resultado, por lo tanto, de acentuar su excedente comercial exterior y de no desempeñar el papel motor que, en el concierto internacional, se le demanda. Y aún hay más: el lento crecimiento de la economía alemana limita, en parte, el de las otras economías comunitarias para las que un crecimiento más rápido significaría el debilitamiento de su moneda en el seno del Sistema Monetario Europeo (3).

### **El Segundo Mundo: entre la esclerosis y el cambio**

El mundo del socialismo real no es homogéneo y, por lo menos, hay que distinguir al conjunto de los países europeos del resto de los países. Los primeros son, en general, economías industrializadas mientras que los demás países son, por definición, economías primarias; sus problemas, por lo tanto, son distintos si bien presentan un denominador común: la escasa capacidad mostrada por los sistemas de dirección centralizada para hacer frente a las necesidades de sociedades complejas.

(3) Un interesante estudio de lo que puede suceder de mantenerse el déficit exterior norteamericano es el de Stephen Marris: "Deficits and the dollar: the world economy at risk" (Institute for International Economics, Washington, 1985). Sobre este punto se recomienda, también, la lectura del llamado manifiesto de los Treinta y Tres ("Resolving the Global Economic Crisis: After Wall Street". Institute for International Economics, Washington, Diciembre 1987).

Por lo que se refiere a los países europeos, y si nos atenemos a las cifras oficiales, se trata, por lo general, de economías que vienen creciendo a buen ritmo desde 1983: su Producto Social Bruto aumenta en un 4% aproximado anualmente y parecen haber logrado una senda de crecimiento estable (4). Dejando a un lado las dificultades que plantean las estadísticas de los países socialistas y la escasa relevancia de las comparaciones —su tipo de cambio oficial no tiene mucho que ver con el real— la realidad parece ser bastante más sombría y presentar, por lo menos, tres grandes problemas: planificación asfixiante, escasez de tecnología de punta y una deuda exterior, en moneda convertible, que comienza ya a alarmar.

Casi desde el triunfo de la Revolución de Octubre, en la Unión Soviética, el mecanismo de planificación centralizada ha venido planteando continuas dificultades y generando escaseces múltiples; y, también desde el principio del proyecto socialista, ha habido ensayos de liberalización —el primero de los cuales fue la Nueva Política Económica instaurada por Lenin—, ensayos que terminaron con la vuelta a un mecanismo aún más rígido. ¿Qué produce esa centralización? Produce desánimo en los dirigentes de las empresas, calidades ínfimas en muchos productos, baja productividad del conjunto del sistema y desabastecimientos continuos en bienes de consumo porque la oferta casi nunca se ajusta a la demanda; un desabastecimiento que ha hecho de la cola una forma de vida del ciudadano del país socialista. Todo ello lleva a Besançon a afirmar que, en la Unión Soviética, no hay más que un sector económico que resista la comparación con las economías desarrolladas occidentales: el de la defensa porque, en ese campo, la Unión Soviética debe competir con tales países y tiene que alcanzar niveles de eficacia similares (5).

(4) Véase el capítulo 3 del "Economic Survey of Europe in 1986-87". (United Nations, New York, 1987).

(5) El libro de Alain Besançon —"Anatomie d'un spectre. L'économie politique du socialisme réel". Calmann-Lévy, París, 1981— constituye una crítica original, y feroz, de la economía soviética a la que sitúa, en muchos aspectos, al lado de economías subdesarrolladas asiáticas y africanas.

Pese a la capacidad técnica del país dominante del socialismo europeo, la producción industrial de los países socialistas adolece de una serie de defectos que se traducen en, por lo menos, dos problemas importantes: la baja productividad y la dificultad de exportación al área no socialista. Prueba de esa baja productividad es, por ejemplo, que el consumo de energía por unidad de producto de la Unión Soviética es casi tres veces superior al de los países desarrollados occidentales. Por lo que atañe a la exportación a los países desarrollados occidentales, puede fácilmente observarse que, en general, se trata de oro y de materias primas: petróleo, carbón, pieles, madera, etc...; una exportación, por consiguiente, propia no de países industrializados sino de economías subdesarrolladas.

Según la OCDE, la deuda exterior de los países socialistas alcanzó, en 1987, 129.000 millones de dólares, siendo los países más endeudados la Unión Soviética (38.000 m.); Polonia (37.600 m.), República Democrática Alemana (18.500 m.) y Hungría (17.500 m.). Las cifras, que no son altas para la Unión Soviética pero sí para los otros países, no sólo reflejan la dificultad para exportar a zonas de moneda convertible y la necesidad de seguir comprando a occidente sino que anuncian las dificultades que, en el futuro, tendrán algunos de esos países para amortizar su deuda (6).

Todo ese cúmulo de problemas ha llevado al Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética a poner en marcha una reorganización económica y social (Perestroika) que permita dinamizar la economía y modernizar el país. Una reorganización que se intenta, además, exportar a los demás países de su área de influencia, con resultados dispares, y que puede quedar resumida de la forma siguiente: ampliación del área privada de la economía, planificación mucho más descentralizada, perfeccionamiento del rudimentario sistema financiero, concesión de mayores incentivos a la eficacia, lucha contra la burocracia y la corrupción y cierta tolerancia de la crítica y el debate públicos en un

(6) Las cifras proceden de las "Tendencias del Mercado Financiero" de la OCDE, recogidas en "Diario 16" (6-3-88).

marco de transparencia informativa. Una reorganización de amplio alcance, como puede verse, cuyo resultado final no es posible adelantar porque la liberalización que se busca choca, por naturaleza, con la rigidez del partido único y de un sistema político y social que no ofrece refugio a la oposición; si es posible anticipar que esos cambios generarán tensiones notables en las sociedades del este europeo y que el posible fracaso de la Perestroika puede acarrear costes muy elevados para todos los países (7).

No es mucho lo que puede decirse del resto de los países socialistas aunque sí cabe registrar que China lleva varios años empeñada en modernizar su economía y que, desde 1984, ha introducido, en su industria, reformas más amplias que las que se intentan implantar en la Unión Soviética (8). Con resultados muy variables, y también con tensiones previsible, los demás países, desde Vietnam del Norte a Cuba, siguen modelos tradicionales de planificación rígida y se esfuerzan por transformar unas economías que siguen apoyadas en el sector primario y que se encuentran lejos, todavía, de los estadios de desarrollo medio.

### **El Tercer Mundo: la caldera a presión**

Conviene recordar, una vez más, que el Tercer Mundo, tal y como lo hemos definido, presenta diferencias sustanciales. Hay, en ese conjunto, países exportadores de petróleo y escasamente poblados, con abundancia de capital (Medio Oriente); hay algunos de crecimiento rápido e industrialización acelerada (Sureste Asiático); hay economías de renta media que padecen, desde hace años, de una serie de desequilibrios globales que les impiden progresar (Sudamérica); hay, también, países de economía rudimentaria que se ven atrapados entre las rejas del atraso y el hambre (algunas zonas de Asia y África). Nuestro resumen no puede, por tanto, analizar las singularidades de cada

(7) Un buen resumen de lo que significan las actuales reformas económicas en la Unión Soviética figura en el informe titulado "Gorbachov's gamble" (The Economist, 9-4-88).

(8) Véase, también, el informe de "The Economist" (1-8-87).



zona o país y pretende, tan sólo, identificar las características más sobresalientes de ese amplio conjunto.

Entendemos que tales características son su veloz crecimiento demográfico, la amplitud de la deuda exterior y las dificultades que, en general, padece su comercio exterior. La primera de las características es muy llamativa, como puede comprobarse a través de los datos del Banco Mundial (9). La población de los países en desarrollo ha crecido, en el período 1980-86, a una tasa media del 2%, con diferencias sustanciales —desde el 0,4% de Uruguay al 4,4% de Gabón— y la de los grandes exportadores de petróleo a un ritmo medio del 4,2%. Por lo general, además, y tanto en países escasamente poblados, como Burkina Faso, como en países de gran extensión y población, como la India, la tasa de crecimiento se sitúa por encima del 2% (10). Si se tiene en cuenta que los países del área OCDE presentan, para el mismo período, ritmos medios del 0,6%, y los países socialistas del 1%, se advertirá la magnitud del problema y sus consecuencias presentes y futuras. Entre las primeras hay que señalar el aumento de la tasa de paro, que se ve continuamente impelida por el incremento rápido de la población activa, y también las dificultades para aumentar los niveles individuales de bienestar inclusive en aquellos países que logran expandir sus economías a buen ritmo; las consecuencias más importantes hacia el futuro son, probablemente, la aparición de situaciones de hambre generalizada en muchos países y la mayor inestabilidad social que, salvo excepciones, se va extendiendo por las zonas de mayor crecimiento demográfico.

Salvo algunos exportadores de petróleo, los países subdesarrollados han sido, tradicionalmente, importadores de capital, con deuda exterior creciente. Las crisis de los setenta vinieron, sin embargo, a agudizar el problema porque mu-

chos países consumidores de petróleo tuvieron que endeudarse fuertemente para poder seguir importándolo; porque muchos Gobiernos huyeron de los préstamos oficiales para soslayar la condicionalidad que llevaban aparejada; porque muchos otros, productores de petróleo, se embarcaron en proyectos de inversión faraónicos y en gastos innecesarios. A principio de los años ochenta, con una economía mundial deprimida por la aplicación de políticas de ajuste en casi todos los países industriales y con tipos de interés elevados en las principales monedas del mundo, el problema de la deuda estalló y una serie de países, el primero de los cuales fue Méjico, se declararon incapaces de hacer frente a su deuda exterior. Una situación que afectaba a la economía mundial, en su conjunto, porque la generalización de la crisis financiera hubiera podido quebrar las bases mismas del sistema financiero internacional y provocar un pánico de consecuencias incalculables.

Hasta el momento se ha logrado limitar el problema si bien la deuda sigue creciendo puesto que, en 1988, significará aproximadamente 1,2 billones de dólares; una deuda, por otro lado, bastante concentrada ya que los países muy endeudados, más o menos, deben la mitad de esa cifra (11). Y una deuda que difícilmente podrá pagarse y a la que habrá que encontrar soluciones múltiples. Tanto es así que en la cumbre económica de Toronto, del pasado junio, los Jefes de Estado o Gobierno de los siete países más ricos de occidente (12) decidieron aliviar la carga de la deuda de los países más pobres aunque insistieron en continuar aplicando soluciones de mercado para los demás deudores, entre los que se encuentran los países americanos. La raíz de esa diferencia de trato parece

(11) Las cifras proceden del "World Economic Outlook" del Fondo Monetario Internacional (abril 1988). Los países muy endeudados son, según el Banco Mundial: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Costa de Marfil, Chile, Ecuador, Filipinas, Jamaica, Marruecos, Méjico, Nigeria, Perú, Uruguay, Venezuela y Yugoslavia. Como puede verse hay una notable representación de países sudamericanos, precisamente los mayores deudores. Yugoslavia no pertenece, en nuestro esquema, al Tercer Mundo sino al mundo socialista.

(12) Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y Reino Unido.

ser la siguiente: más del 80% de la deuda externa de los países más pobres está en manos de acreedores oficiales y su condonación, más o menos disfrazada, recaerá sobre las espaldas del contribuyente de los países subdesarrollados, los de ingresos medios, corresponde a entidades financieras privadas y, consecuentemente, no es aplicable la misma solución (13). Pero lo importante no es la solución inmediata que pueda darse globalmente sino el reconocimiento, hoy bastante generalizado, de la importancia del problema y de sus consecuencias para el desarrollo, económico y político, del Tercer Mundo.

Un tercer gran problema, menos aireado últimamente pero también de enorme alcance, es el debilitamiento tendencial de la capacidad exportadora de buena parte de los países del Tercer Mundo y, por lo tanto, de sus posibilidades de financiar las importaciones que necesitan. Más del 50% de las exportaciones de esos países, y en algunos casos más del 70%, son productos básicos —agrícolas y minerales— cuyos precios reales tienden a la baja en los mercados internacionales, como ha ocurrido en el período 1980-86 (14). En parte por el aumento del potencial agrícola global; en parte por las prácticas proteccionistas de algunos países desarrollados, entre las que hay que destacar la Política Agrícola Común de las Comunidades Europeas que tiene que verter a los mercados internacionales sus excedentes agrícolas subvencionados; y en parte, y aquí radica la gravedad del tema, porque los cambios tecnológicos reducen la cantidad de materia prima necesaria por unidad de producto o modifican el tipo de materia prima utilizada en los procesos industriales. En 1984 Japón consumió sólo el 60% de las materias primas que necesitaba, once años antes, para el mismo volumen de producción industrial; progresivamente, por ejemplo, el cable de fibra de vidrio reemplaza

(13) Véase "La cumbre de Toronto y la deuda de los países en desarrollo" de Jaime de Piniés Bianchi (Cuadernos de Información Económica, números 16/17, 1988. Fundación FIES. Madrid). Un trabajo revelador sobre el problema y sus soluciones.

(14) Véase la figura 1.6 (pág. 29) del informe mencionado del Banco Mundial.

(9) "Informe sobre el desarrollo mundial 1988", cuadro 27, págs. 308 y 309 (Banco Mundial, Washington, 1988). La clasificación por países no se ajusta a la que se ha utilizado en este trabajo pero el desglose permite situar el problema adecuadamente.

(10) La inclusión de China en este grupo, por parte del Banco Mundial, con una tasa de crecimiento demográfico de 1,2% para el período, reduce el valor de la media.

al de cobre en las comunicaciones telefónicas (15). Ese debilitamiento tendencial limita la capacidad de crecimiento de las economías subdesarrolladas y explica, en parte, el problema de la deuda.

#### **A la búsqueda de algunas conclusiones**

Las rápidas pinceladas con que hemos descrito la economía internacional dejan, por supuesto, muchos problemas sin tocar pero permiten elaborar algunas conclusiones generales.

Nos hallamos ante un mundo con enormes diferencias de riqueza y bienestar, diferencias que, además, tienden a agrandarse porque son los países más desarrollados los que dominan la palanca fundamental del progreso: la técnica; y diferencias que se hacen más patentes si comparamos los niveles medios de renta de los países OCDE y los de los países del Tercer Mundo. De por sí, esas diferencias son ya fuente inagotable de tensiones de todo tipo.

Resulta extremadamente conveniente que los grandes países desarrollados occidentales y, en general, los tres grandes puntales de la OCDE —Norteamérica, Japón y las Comunidades Europeas— logren un aceptable grado de coordinación de sus políticas y, al tiempo que evitan el agravamiento de los desequilibrios norteamericanos, conjuren los peligros de otra depresión generalizada que tendría enormes repercusiones en toda la economía internacional.

(15) Un trabajo de especial interés sobre este tema es el de Peter Drucker: "El cambio en la economía mundial". (Papeles de Economía Española nº 29, 1986. Fundación FIES, Madrid).

Los resultados de las reformas emprendidas por la Unión Soviética y por algunos de sus aliados europeos —reformas que, en parte, vienen siendo aplicadas desde hace algunos años por China— están por ver. Es evidente que la dirección centralizada y la planificación no han dado en tales países los resultados apetecidos y que, en términos de nivel de vida de sus poblaciones, los países del Este europeo, los más industrializados del grupo socialista, se encuentran muy lejos de los países industrializados de occidente; pero no sabemos muy bien hasta qué punto la búsqueda de soluciones de mercado para sus problemas económicos choca con los presupuestos políticos en que se asientan tales países. Hoy las relaciones Este-Oeste parecen iniciar un nuevo deshielo y anunciar la superación de algunos problemas graves, en buena medida porque esa mejora de las relaciones es elemento importante del ensayo de liberalización soviético. Si el ensayo fracasa, y de nuevo se impone la línea de planificación rígida, son de temer no sólo la aparición de convulsiones amplias en el seno de los propios países socialistas sino, también, la realimentación de las tensiones entre los dos bloques.

La desastrosa situación en que se encuentra el Tercer Mundo es fuente de conflictos sociales de todo tipo y plantea, en muchos casos, no sólo problemas económicos sino también morales. Es en el Tercer Mundo, efectivamente, donde los conflictos sociales son mayores y más frecuentes porque el tejido económico se debilita continuamente; y basta para ello con apercibirse, a través de los medios de comunicación de masas, de la aparición, casi continua, de fricciones

violentas o de situaciones bélicas en los países de ese grupo. Los problemas económicos no tienen fácil solución porque ni siquiera la superación del problema de la deuda —uno de los más graves en la actualidad— iluminará el porvenir dado que, en buena medida, son las economías primarias las que adolecen de un futuro más incierto y muchos de los países del Tercer Mundo son economías primarias. Pero si es cierto que es posible aplicar, en el ámbito mundial, soluciones limitadas a tales problemas: todo lo que suponga evitar la aparición de depresiones generalizadas facilitará su recuperación; la desaparición de las múltiples barreras protectoras aún existentes en los países desarrollados servirá, en todo caso, para potenciar su exportación y consecuentemente, sus economías; el aumento de la inversión exterior, que suscita en muchos de estos países grandes recelos es, quizás, la mejor fórmula para facilitar su conexión con el bloque industrial de Occidente. Actuaciones todas ellas que requieren no sólo de la voluntad de los grandes países industriales sino, también, de la superación de barreras nacionalistas por parte de los países subdesarrollados y de la aplicación, por parte de sus Gobiernos, de políticas económicas más rigurosas.

Estas cuatro conclusiones, que derivan de un análisis rápido de la economía internacional, ponen de relieve la magnitud de los problemas con los que el mundo se enfrenta en la actualidad y permiten adelantar que las grandes tensiones van a permanecer en todos los escenarios analizados y, muy probablemente, a agravarse. Confíemos, tan sólo, en que las grandes rupturas puedan ser evitadas. ■